

# QUÉ ESTÁ PASANDO CON LA ENSEÑANZA: LA REGLA DE TRES

**ARTURO PRETEL PRETEL**

Médico

A mí la *regla de tres* me enseñó a pensar, ha sido mi base de razonamiento lógico desde que bien niño la aprendí de una maravillosa maestra en la escuela del pueblo en el que me crie. A partir de su conocimiento empecé a comprender más cosas que las simplemente relacionadas con la aritmética. Aprendí a relacionar magnitudes y conceptos, a saber proporcionar las magnitudes, ora numéricas ora de otra naturaleza y a hallar la incógnita, la respuesta. Este simple y cabal método forma parte de los cimientos de mi cultura y formación. No creo que haya pasado un solo día de mi vida en que no la haya usado para cualquier actividad, sea doméstica, social o profesional. ¡Cuánto del pensamiento en ciencias, en filosofía y en antropología se encuentra en su contenido! Qué importante es su uso en las relaciones humanas y cuánto del conocimiento del prójimo hay implícito en su resolución. Algo parecido podríamos decir del silogismo.

Por eso mi mundo se tambaleó, algo hizo que saltaran mis alarmas, cuando me enteré de que era posible que desapareciera mi simple, útil y querida *regla de tres* del *currículum* escolar. Que los hombres y mujeres del futuro no iban a tener a su disposición esta herramienta del pensamiento. En definitiva, que no sería un elemento que ayudaría a conformar sus mentes.

No conozco, a día de hoy, si esta pretensión se llevará efecto definitivamente y formará parte de las reformas para implantar unas matemáticas «inclusivas con perspectiva de género». Ojalá no ocurra, que sea una falsa alarma porque quizás lo que se pretende con ello es no dar medios para que se razone y así no dar armas al niño y al adolescente. De esa forma darán por asumidas y asimiladas las «verdades» que se le puedan enseñar. El maravilloso acrónimo COD (*quod erat demonstrandum*) de nuestros teoremas matemáticos pasaría a mejor vida en nuestra cotidianidad al no disponer las generaciones futuras de ésta y de otras armas intelectuales para el razonamiento.

Esto no solo está pasando con los contenidos básicos de ciencias. Tanto o más peligroso es el abandono, en fases más avanzadas de la programación, de materias como la filosofía y el latín, de una importancia indudable para conformar una mente culta y preparada. En este memorial de agravios añadiríamos en una posición destacada el abandono del conocimiento de la historia sagrada que, aparte de su contenido espiritual, va a impedir a las nuevas generaciones el poder visitar una catedral, admirar en su plenitud un sarcófago paleocristiano, un claustro románico, o disfrutar de la pintura y escultura de cualquier momento cumbre de la Humanidad al desconocer los pasajes bíblicos, la iconografía de los santos y los episodios relevantes relacionados con la religión que se representan en tantas obras maestras. Lamentablemente esto es

cada vez más frecuente, pero esta nueva estructura educativa consagraría esta aculturación de profundas raíces antirreligiosas.

Por último y no por ello menos grave, es la manipulación del estudio de la historia. Asistimos, con la aquiescencia de los poderes públicos, a una ocultación manipulada de la historia común, la historia que nos une a los españoles cualquiera que sea su «patria chica» o su origen, ideológico o social. Se manipulan episodios y se silencian otros en aras del localismo y del manejo interesado. Los últimos hitos en esta concepción partidista ha sido obviar la historia de España anterior a las Cortes de Cádiz e introducir materias relacionadas con la «memoria democrática» para adulterar nuestra historia reciente. Se pretende que se desconozca la historia para suprimir referencias culturales, elementos de cohesión y de unidad nacional y así poder manipular con mayor facilidad y conformar una conciencia deformada de nación y de sociedad.

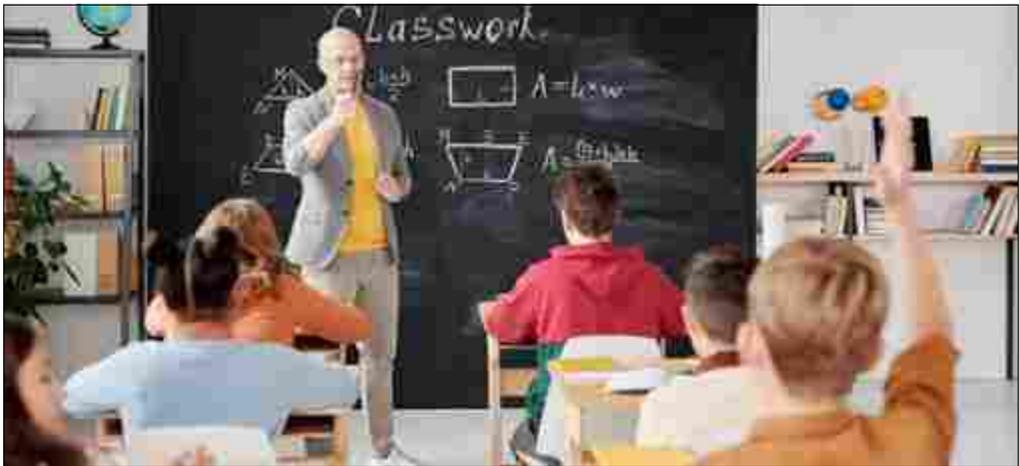
Estamos asistiendo ya desde hace tiempo a un proceso de destrucción del sistema educativo, entendido éste como un compendio de contenidos y orientaciones. No se puede poner en duda el avance en cuanto a medios, instalaciones, programaciones, medias de alumno/profesor, universalización y ayudas, entre otros aspectos de la estructura pedagógica. Aspectos todos ellos puramente técnicos en la mayoría de los casos y resultado de la aplicación del avance de las metodologías psicopedagógicas y secundarios al avance de estas ciencias. Pero asistimos simultáneamente a una estremecedora manipulación de los contenidos, a su uso partidista. Es más un intento de ingeniería social y, al tiempo, a la imposición, al albur de la ideologización de la pedagogía y de la psicología, de un modelo de niño y adolescente inmaduro, frágil, tutelado hasta en los más ínfimos detalles que le restan independencia y posibilidad de pensar por sí mismo. Todo ello arropado o disimulado en nombre de la libertad de pensamiento.

La universalización de la enseñanza y la existencia de la enseñanza pública gratuita suponen uno de los avances más importantes, junto a la sanidad pública, en la esfera de la justicia social y la igualdad, que se pueden dar en un estado moderno. Y nuestra nación está, desde hace decenios, «jugando en esa liga», contando con una escuela pública accesible y a disposición de todos los españoles, sea cual sea su condición económica y lugar de residencia. Convive, no sin dificultades y cuestionamiento constante, con la enseñanza concertada, complementaria de la pública, además de con la privada.

Los contenidos que se imparten en la enseñanza pública y lo que las leyes obligan a la concertada y privada, son un campo de constante lucha para imponer planteamientos ideológicos que habitualmente intentan manipular las autodenominadas fuerzas «progresistas» para incluir agendas doctrinarias como intento de ingeniería social: educación en valores, lo llaman. Por otra parte, la gente con una visión más tradicional de la sociedad y con más compromiso con valores trascendentes no siempre sabe o quiere dar la batalla, dejándose comer el terreno con demasiada frecuencia y asumiendo con enorme facilidad los postulados que impone la otra visión.

Educación en valores, se dice y se repite constantemente como un *mantra* y como si fuera la panacea para hacer mejores generaciones y hombres comprometidos con el futuro. Pero hay que preguntarse qué valores son los que rigen este moldear a las futuras generaciones. Y qué agendas, conocidas unas, ocultas otras, dirigen esos objetivos. Estos presuntos valores, impregnados de laicidad, buenismo y ambientalismo y exentos de trascendencia, son los que van a guiar el comportamiento de muchos de

los que han pasado por este sistema educativo en la escuela pública con sus nefastas consecuencias de presente y futuro. Y no hablemos del descenso del nivel de los contenidos de las materias impartidas. Y como colofón de estos dislates, la desaparición o presencia anecdótica de materias importantes en la formación humanística (filosofía, latín y otras). Ya están apareciendo voces autorizadas críticas desde la «nueva pedagogía» sobre la real eficacia y justificación de la marcha de la educación basada en estos cambios. Estas pretensiones se enmarcan en paradigmas posmodernos de la escuela *mayo del 68*, que anula las convicciones y donde todo se relativiza; donde el rechazo a la frustración, la satisfacción de los deseos inmediatos y la infantilización y blandura tienen efectos nefastos en la persona; donde lo fragmentario sustituye a la visión global, lo subjetivo a lo objetivo, el sentimiento a la razón, la opinión a la ciencia y la estética a la ética.



*Clase de educación comprensiva*

Hay varios «dogmas» que están imponiendo estas corrientes pedagógicas en las que se basan las leyes actuales: la autonomía del alumno, el predominio del método frente a los contenidos, la educación comprensiva e inclusiva mal entendida (convivencia en la misma clase alumnos con capacidades muy diversas), la promoción de curso sin aprobar materias, la eliminación de los deberes y la dulcificación de los exámenes. Todo esto lleva a cometer errores garrafales que influirán en el futuro con sus nefastas consecuencias: considerar a los niños como adultos y pensar que tienen que ser autónomos y tomar sus propias decisiones educativas y obviar los conocimientos de las materias en aras de la psicología y pedagogía. Otro error no menos importante es el considerar el aprendizaje como un juego, sin enseñar contenidos y materias. Por ejemplo, la educación en valores, sin el estudio de la filosofía, deviene en un adoctrinamiento buenista. Otro aspecto en el que se insiste mucho en este proceso de degradación de la pedagogía y al que van encaminados los planes ya desde hace tiempo es su utilitarismo: se insiste en que la educación sea tecnológica, instrumental y que se adapte a lo que demanda el mundo laboral. De esta manera se omite la formación en la solidez intelectual del alumno y en su sentido crítico, que no es de utilidad inmediata. La educación no es una adecuación utilitaria sino una formación integral del individuo

(*la nueva y la vieja pedagogía*. Rodríguez Magda, R.M.). Las nuevas corrientes pedagógicas no son incontrovertibles, la pedagogía tradicional no es desechable, como se pretende ahora, porque la educación es conservadora de aquello que se desea transmitir: una clara y sólida asunción de la cultura de lo que somos y nos es consustancial, como personas, como colectivos y como nación.

Varios son los frentes abiertos en el terreno educativo, todos ellos importantes de presente, pero sobre todo de futuro. Y no hay consenso, no solo político, sino sobre todo social. No hay un acuerdo, ni tan siquiera de mínimos, de por dónde debe de ir la formación de los españoles del futuro. Llevamos ya mucho tiempo sin esos acuerdos, y los pocos que se toman, no son precisamente los que, en opinión de muchos son los más adecuados. Los cambios de enfoque y orientación despistan al profesorado y producen una falta de continuidad en el proceso educativo cuyas consecuencias se están pagando ya desde hace años en los resultados académicos que se obtienen y en los testimonios de los profesores de universidad de cómo es la preparación de los alumnos que llegan a sus manos para cursar la educación superior, donde se debe de formar la elite de la nación. Los testimonios de estos docentes son estremecedores del nivel medio del alumnado que se pone en sus manos, en cuestiones tan básicas como la ortografía y la sintaxis, hasta conocimientos básicos de historia, geografía y materias afines. En resumen, de lo que antes se llamaba «cultura general» y que se supone que quien alguien que ha superado el bachillerato y accede la universidad debería tener sobradamente.

La ciudadanía, en general, está harta que desde la LGE del año 1970, para unos innovadora y hecha para perdurar, para otros germen de los males posteriores, hasta ahora se hayan sucedido 8 leyes distintas (entre ellas la LOECE, la LODE, la LOGSE, la LOCE, etc.) hasta llegar a la actual LOMLOE o Ley Celaá, en la que el castellano deja de ser lengua vehicular y se deja en el 50 % las materias comunes en CCAA con lengua cooficial; la Religión vuelve a no contar para nota y se crea la asignatura de «Valores Cívicos y Éticos» entre otras «lindezas». En el desarrollo de esta ley es donde se inserta el descuido de las matemáticas, la enseñanza de la historia solo desde la Guerra de la Independencia, el pase de curso con múltiples suspensos, la consagración de la perspectiva de género desde la educación primaria y otras ocurrencias de similar calado.

Otro apartado merece el ataque, en los sistemas educativos de ciertas comunidades autónomas, a la igualdad entre todos los españoles que empieza en el conocimiento de la lengua común que nos hemos dado y que es un elemento de cohesión social y territorial, y la manipulación de la historia común que se hace desde estos sistemas educativos autonómicos, en contraposición al nacional. En algunas partes del territorio nacional, es prácticamente imposible estudiar en castellano en la escuela pública y buena parte de la concertada. Esta es una dolorosa realidad que cualquier gobierno con sentido de estado y con un comportamiento patriótico no puede ni debe consentir. Desgraciadamente el gobierno que tenemos actualmente no solo lo consiente sino que ha elevado esta anomalía a rango de ley, con una miopía ante el futuro y una deslealtad a los valores nacionales, merecedoras de responsabilidad y escarnio social.

Por eso, muchos padres se ven casi obligados a recurrir dentro del sistema educativo a los colegios concertados, muchos de ellos en manos de órdenes religiosas que, en teoría, complementan y hacen posible otro tipo de enseñanza en valores. Y los que puedan permitírsele, o no del todo pero haciendo buenos sacrificios económicos,

recurrir a la enseñanza privada para asegurarse idearios más acordes con su manera trascendente de ver la vida y, aunque teniendo, lógicamente, que cumplir los programas ministeriales, intentar contrarrestar las carencias en contenidos, aptitudes y valores de los que estos programas carecen. La enseñanza privada, a la que hoy por hoy aún no se le han puesto grandes trabas, que todo se andará, es un refugio pluralista al que acogerse, a fuer de tachado de exclusivista, que también puede ser en algunos casos. Y no solo pensando en lo antedicho. Desgraciadamente en algunas regiones de nuestra patria la única forma de estudiar en el idioma común y oficial del Estado y de eludir las imposiciones lingüísticas de los nacionalistas gobernantes en estas zonas.

Pero quizás con todo lo más grave de todas estas reformas y en concreto de la actual es la consagración de la renuncia a la cultura del esfuerzo. Las nuevas corrientes pedagógicas ideologizadas al uso y el desarrollo de la LOMLOE consagra, entre otros desatinos, el pase de curso sin prácticamente ningún requisito, como es el básico de aprobar las asignaturas, y la obtención de las titulaciones o los certificados de finalización de las etapas educativas en iguales condiciones. Para qué esforzarse, para que buscar la excelencia si se van a obtener los mismos o similares réditos que si no se ha demostrado nada. Imagínense la repercusión de esta filosofía en la mente de los alumnos, en una etapa del desarrollo personal en que los conceptos relacionados con el esfuerzo no están asentados. Las repercusiones de estos planteamientos en la vida futura de esa persona serán letales, pues legítimamente podrá extrapolar en el porvenir que con la ley del mínimo esfuerzo consigue provecho y aplicarlo en todos los ámbitos de la vida. Este ataque a la cultura del esfuerzo se camufla en premisas cargadas de buenísimo (no discriminación, no señalamiento, no humillación) y en la pretendida inutilidad de la repetición de curso para el mejor rendimiento del alumno.

Otro eslabón a denunciar, dentro de la manipulación a la que se está sometiendo a los alumnos y que se pretende ampliar y profundizar es en todo lo relacionado con la ideología de género. Se está pretendiendo introducir esta manipulación ideológica, llamándola perspectiva de género, de forma estrambótica en las materias más variopintas desde la historia a la educación física.

Este panorama expuesto no induce, en absoluto, al optimismo. Lamentablemente me cuesta trabajo dar un mensaje positivo y de futuro sobre el sistema educativo, como sería mi intención. Sobre la educación si podemos tener una luz de esperanza, nos quedan algunas «líneas de vida» que no nos hagan caer en el precipicio del pesimismo: el esfuerzo va a estar, como casi siempre, en las familias, en los padres, abuelos, tíos, hermanos... que deben de tomar con renovadas fuerzas la tarea de transmitir y educar en valores, esta vez sí, y transmitir lo que el Estado como reflejo de la sociedad en que se vive no quiere de ellos. La Iglesia tiene que recuperar territorios de los que lamentablemente en muchas ocasiones ha abjurado y restablecer instituciones parroquiales (escuelas dominicales, grupos de juventud, etc..) que ayuden a la formación fuera de cauces controlados. Y el papel de las organizaciones juveniles con sentido patriótico y espiritual que ayuden a la juventud a desarrollar sus inquietudes en ambientes con virtudes, donde aprendan lo que no se les enseña en la escuela, donde aprendan a obedecer y a servir. No hay que desesperar, seguro que la juventud encuentra el camino y sabrá preservar lo de valorable tiene el conocimiento y la proyección al futuro. Ser moderno no es sinónimo de «progre», es aprender del pasado, vivir el presente construyendo el futuro. ●